

Porque los pájaros no tienen banderas (Cuento)

Afuera hace frío, mucho frío. El sol asoma apenas un instante, abriéndose paso tras los densos nubarrones, como si quisiera sacarse de encima ese manto esponjoso y grisáceo, aunque a los dos minutos se refugia nuevamente entre las nubes.

“Se sentirá protegido y cuidado allí y será que hoy no quiere mostrarnos su luz”, recapacitando así, Perla observa el día gris y la monotonía que se palpa en la calle solitaria, sentada sobre una silla de madera lustrada ubicada detrás del ventanal del living de su cálido hogar; ha dejado por un momento de atender las tareas domésticas a las que se había entregado esa tarde y saborea un exquisito y humeante té de hierbas aromáticas, que huele bien y le calienta las manos.

Los fresnos que escoltan la vereda muestran sus ramas desnudas y sin brillos, sin hojas ni flores, mientras los pajarillos saltan de uno a otro gajo. Hay varias clases: palomitas de plumas cenicientas, verdosas, plumizas; gorriones grisáceos, horneros castaños, calandrias parduscas, jilgueros amarillos con pintitas grises. De esa multitud de pájaros, la seduce una pequeña paloma de pico muy fino que, osadamente, se limpia el plumaje.

“Es una hembra” – piensa Perla -. A los pocos instantes se posa a su lado suavemente y como cortejándola, un ave de la misma especie.

“Ése es un “Palomo” seguramente”, se dice en obvia referencia a que es un macho. Ambos pajarillos se observan, se miran detenidamente, se limpian las plumas con el piquito, amorosamente, y otra vez se observan, se limpian las plumas, se miran, se limpian una a la otra, se miran; y una y otra vez; y una y otra vez, hasta que el hechizo comienza.

“Se inicia el romance” especula Perla.

Y casi es así, pero una ráfaga helada y amenazante rompe el encantamiento. Las avecillas se recomponen, las plumas que se hallaban hinchidas vuelven a su lugar; y continúan una junto a la otra. Ahora comienza el macho a limpiarse, luego lo imita la “Dama Paloma”; se observan, se limpian las plumas, se observan, se limpian las plumas, se miran, se limpian una a la otra; y una y otra vez; y una y otra vez, hasta que el hechizo vuelve a instalarse entre ellas, como si nada hubiera sucedido.

“Pareciera que se están besando, en el cuello, en las alitas” reflexiona entretenida Perla, mientras deposita la taza blanca y vacía sobre la pequeña mesita que está a su lado, junto al ventanal.

Y quizás se están besando, quizás ya el entusiasmo comienza. Pero pasa un solitario transeúnte silbando festivamente, tratando de alegrar al día nublado. Y otra vez la pasión se detiene. Nuevamente se recomponen, asumen una posición diferente sobre la desnuda rama del fresno, quedan impasibles, serenas, casi ni se miran, como si no se conocieran.

“Otra vez se deshizo el romance” piensa Perla, desilusionada. Pero vuelven a intentarlo, comienzan picoteándose las plumas, luego se picotean entre sí, suave y dulcemente, se limpian una a la otra, se miran, se limpian una a la otra, se dan piquitos, se limpian una a la otra, se hinchan, se llenan de amor, de pasión, de delirio, de ardor, y ya cuando el romance parece consumarse, otra avecilla de la misma especie, más chiquita y gris, se posa en la misma rama desnuda; inmediatamente se recomponen y la miran con enfado como queriendo advertirle que las ha molestado.

“Se han enojado con la palomita nueva, otra vez se ha deshecho el idilio” razona Perla. El “Palomo” emprende la persecución de la “Paloma nueva”, mientras ésta coquetea presumida, y se detiene en otro tallo pelado. El Palomo la sigue y la picotea suavemente, como reprendiéndola por su indiscreta e inoportuna visita. La “Dama Paloma” entretanto, se ha puesto nuevamente primorosa, emperifollada con sus atractivas y hinchidas plumas que el viento hace flamear, como si fueran delgados pétalos de una flor aterciopelada y gris. Vuelve el “Palomo” al lado de su “amada”, ella lo observa, lo mira, y luego da vuelta la cabecita y mira hacia otra parte; el macho se retira como si estuviera ofendido, humillado, y sigue persiguiendo a la “Paloma nueva”. “Quizás desea iniciar un amorío con ella” se dice Perla, mientras toma las agujas de tejer, la lana de color rosado y el canasto de mimbre. Apoya sus rodillas en el sillón del living y se instala allí, adoptando una posición muy cómoda.

La “Paloma nueva”, entretanto, se ha posado junto a la “Dama Paloma” y la mira y la mira. A ésta parece no gustarle su cercanía, porque repentinamente la amenaza con su piquito, agitando las alas enérgicamente, hasta que logra ahuyentarla. El “Palomo” se acerca otra vez con intenciones de continuar el romance, pero ahora ya la “Dama Paloma” no quiere saber nada con él, inclina la cabeza hacia un costado, lo mira de soslayo, como si estuviera disfrutando de ese proceder suyo algo azaroso, indigno y humillante, y sale volando. El “Palomo” la sigue y vertiginosamente, se pierden los dos entre los tupidos nubarrones y la distancia.

Perla se dirige al dormitorio caminando lentamente, retoma el trabajo que había dejado interrumpido para mirar a través del vidrio de la ventana. Mientras cubre la enorme cama matrimonial con una vaporosa colcha blanca pintada con arabescos dorados, escucha que la puerta de entrada se abre estrepitosamente.

“Ahí llega – piensa Perla – siempre apurado, siempre de malhumor”. Su marido entra en la íntima habitación, la toma de los hombros, le hace dar un giro casi en el aire y le regala un sonoro y efusivo beso en la mejilla.

“¿Qué le pasa? – se pregunta, asombrada – Parece otro”.

El hombre le pide que lo acompañe hasta el comedor, que necesita hablar con ella. Caminan tomados de la mano hasta que llegan al espacioso sitio, lleno de plantas y de adornos artesanales, se sientan en las sillas que están alrededor de la mesa de hierro y cristal. Comienza a hablar, entusiasta y fervorosamente, le cuenta que la empresa en la que trabaja desde hace diez años abrirá una sucursal en Francia, más precisamente en la ciudad de Lyon, y exclama lo que Perla no desea oír: “Hacia allí nos trasladaremos, ¡imagínate amor, qué buena suerte! Justo ahora, que tanto lo necesitamos, me lo ofrecen en bandeja de plata, Negrita sonríe, tendremos niños allá, en Francia, tu podrás enseñar idiomas, para eso has estudiado, para eso eres profesora, vamos, alégrate, amor”.

Las palabras se agolpaban impetuosas en los labios del marido de Perla. Ella lo escuchaba distante y pensativa, soñando con una Argentina distinta para sus hijos, una Argentina que les brindara lo que un día brindó a tantos y tantas inmigrantes de diferentes nacionalidades, una Argentina convertida en una madre tierna con ganas de cobijar a muchos hijos e hijas tanto propias como adoptadas, una Argentina poblada por hombres y mujeres honestas, laboriosos, emprendedoras, nobles; una Argentina cuyos hijos e hijas se ufanen de su bandera, de sus colores, de su suelo, de su sangre.

Bruscamente, como si el hechizo se desvaneciera, los recuerdos volaron de su mente.

Eso había sucedido hacia ya casi tres años. Perla actualmente trataba de habituarse a las tradiciones y costumbres de la ciudad francesa, la que ahora era contemplada como la “otra patria” y la que para sus propios hijos sería la “única patria”. Tenía alumnos y les dictaba clases de idiomas, soñaba con volver algún día a su querido país, mientras contemplaba a las palomas que, posadas sobre una desnuda rama de uno de los fresnos ubicados en hilera a un costado de la calle, trataban de unirse en un discreto romance

bajo el cielo francés, del mismo modo que lo hacían allá, en su amada Argentina, porque los pájaros no tienen banderas.